

RECENSIONES

COPEL, ETIENNE: *Vencer a la guerra*, Madrid, Ediciones «El País», 1985, 176 pp.

La presente obra es un libro ciertamente heterodoxo. Sus páginas contienen acerbas críticas al dogmatismo estratégico vigente en Occidente, tanto en el marco de la Alianza Atlántica como en el propio ámbito del planeamiento defensivo nacional de Francia, demasiado impregnado a su juicio de voluntarismo político-disuasivo y en franca quiebra debido a sus progresivas carencias tecnológicas.

El autor cuestiona, pues, la eficacia operativa de la Alianza Atlántica y la bondad de su planeamiento estratégico –la «respuesta flexible»–, inclusive en su acepción más novedosa de la «defensa avanzada», en cuanto sostiene que su compleja estructura burocrático-defensiva no afronta la creciente vocación ofensiva del Pacto de Varsovia y tampoco encara la eventualidad de un ataque por sorpresa de carácter químico-convencional que excluyese Francia y Gran Bretaña.

Por un lado, estima que el dispositivo defensivo de la OTAN –asentado sobre la profunda imbricación de los sistemas de armas convencionales con aquellos otros de naturaleza atómico-táctica o estratégico-regional susceptibles de uso contra fuerzas-reaccionaria siempre de forma tardía y estaría abocado a ser utilizado sobre el suelo europeo-occidental que presumiblemente debería defender.

Por otro, abunda tanto en que dichos sistemas serían objetivo primordial y prioritario del ataque adversario como reitera la debilidad psicológica del compromiso defensivo norteamericano en el viejo continente –por demás una constante en el pensamiento estratégico galo desde hace más de dos décadas–, en particular por lo que se refiere al empleo de los «euromisiles» contra la URSS, en razón de la implícita y mutua santuarización de que goza el territorio de las superpotencias, derivada de su respectiva capacidad de mutua destrucción asegurada.

Asimismo, el general Copel duda de la proclamada automaticidad de la disuasión mínima francesa en caso de ataque soviético sobre la República Federal de Alemania y aun si aquél se extendiese al propio suelo galo, ya que estima que ningún máximo mandatario francés se arriesgaría a un devastador intercambio nuclear con la URSS, dado que conllevaría la quiebra de la propia supervivencia nacional.

Señala también la íntima contradicción doctrinal del modelo disuasivo galo al postular, junto a la inmediata activación de su «force de frappe», la asunción de criterios de «última advertencia» –dirigidos a dilatar el unilateral proceso de escalada del diseño estratégico dependiente de El Eliseo–, pues dicho sistema implica tanto el grave deterioro del entorno europeo-occidental –al producirse su empleo en el curso de la batalla químico-convencional librada sobre suelo centroeuropeo– como compromete la credibilidad de un sistema de disuasión mínima al resaltar en el mismo considerables atisbos de indeterminación.

Además, aun en el caso de que persistiera dicha voluntad de activación automática de la «force de frappe» –articulada especialmente sobre la Fuerza Estratégica Oceánica

(FOST) francesa, actualmente integrada por cinco SSBN's-, podría verse cuestionada la capacidad de penetración de sus SLBM's en un espacio aéreo dotado de defensa BDM de corte global -a cuyo establecimiento parecen tender ambas superpotencias-, de modo que la URSS podría considerar en un futuro no lejano la posibilidad de asumir respaldas estratégicas puntuales provenientes de terceros Estados.

Así, si el presente libro es ciertamente sugestivo en el análisis de las lagunas de la doctrina estratégica atlántica y francesa, decae abrupta y ostensiblemente cuando trata de apuntar alternativas defensivas destinadas a apuntalar los márgenes -día a día más reducidos- de la seguridad regional en el ámbito del continente europeo.

A mi juicio, sus opciones defensivas -en realidad una defensa territorial que enfatiza la utilización de armas químicas- inciden también en el defecto capital del remozado planeamiento estratégico de la OTAN, pues insiste paradójicamente en la bondad disuasiva de un modelo de defensa operativo, con lo que contribuye a fortalecer aquel sector doctrinal mayoritario al otro lado del Atlántico que postula la defensa -y el consiguiente riesgo de asumir la noción regionalmente limitada de la guerra ABQ- a costa de la disuasión.

El pensamiento del general Copel refleja -pese a su aparente rechazo- los atavismos de la escuela estratégica francesa, en la medida en que cuestiona por razones de soberanía la perpetuación del sistema de «doble llave» para las armas nucleares tácticas de la Alianza Atlántica y el monopolio decisorio norteamericano respecto a los «euromisiles». No obstante, no obtiene idénticas conclusiones -la persistencia de una absoluta dependencia estratégica de los Estados no-nucleares de aquellos otros que cuentan con poderío atómico- cuando analiza la eventual activación de la particular panoplia nuclear táctica gala sobre el territorio de sus aliados.

Por tanto, aunque su noción de circunscribir el empleo de ingenios nucleares al propio suelo del Estado que autorice su utilización sea teóricamente respetuosa con el mínimo imprescindible de soberanía nacional preciso para garantizar la personalidad internacional de cada sujeto internacional, no obvia ni las actuales carencias operativas de la OTAN derivadas de su adopción de acuerdos por consenso -en cuanto mantiene la necesidad de un complejo sistema de consultas políticas quizá incompatible con el adecuado control del acontecer bélico-esotérico-, ni soslaya la ajenidad decisoria de la plena activación de su dispositivo de defensa integrada, al predicar la unilateral posesión del gatillo atómico en manos francesas¹.

En cualquier caso estamos ante una obra de obligada lectura para conocer la evolución del pensamiento estratégico europeo, evaluar una peculiar oferta de alternativas defensivas y aumentar el propio bagaje intelectual preciso para aproximarse al debate sobre opciones de defensa que tiene lugar desde hace ya más de un lustro en la sociedad europea.

JOSÉ MANUEL RAMIREZ SINEIRO

FRANCOIS JOYAU: *La nouvelle question d'Extrême-Orient. L'ère de la guerre froide (1949-1959)*, París, Payot, 1985, 398 pp.

En el estudio de la historia de las relaciones internacionales marcó un hito historiográfico el célebre libro de Pierre Renouvin: *La question d'Extrême-Orient*, dedicado a los problemas que han planteado los países de Asia oriental, tanto en el

¹ «También creo perfectamente posible -señala Copel- que, tras llegar a acuerdos bilaterales, el canciller alemán o el presidente del Gobierno español puedan solicitar a Francia, en su momento, algunos regimientos helitransportados equipados con armas de neutrones para oponerse a una penetración o a un desembarco del ejército rojo.» COPEL, *op. cit.*, p. 96.

RECENSIONES

plano regional como en el mundial, entre 1840 y 1940. François Joyaux, profesor en la Universidad de París-III y especialista en relaciones internacionales del mundo asiático, continúa el trabajo anterior y, modificando ligeramente el título, reemprende el estudio de esta inmensa y vital región de Asia desde 1945 hasta nuestros días, dedicando este primer volumen a la época de la guerra fría, entre 1945 y 1959.

La obra se inicia con un prefacio de J. B. Duroselle, en el que además de una introducción hace un planteamiento general del tema, señalando los elementos de la «novedad» de la cuestión de Extremo Oriente. Estos elementos son, fundamentalmente, cuatro. En primer lugar, la «cuestión» queda reducida a la lucha de influencia entre Estados Unidos y la URSS en todas las regiones del mundo, y especialmente en ésta. Una segunda novedad es la unidad de China, que se ha convertido en una zona de fuerza y no de debilidad, pasando a ser un sujeto activo de las relaciones internacionales. En tercer lugar, la creación de Estados independientes, reemplazando a los imperios coloniales. Por último, la «opción economista» de Japón, que se ha convertido en la tercera potencia del mundo.

El libro queda estructurado en tres bloques. Uno preliminar, en el que se analiza la situación en Extremo Oriente al final de la Segunda Guerra Mundial. Una segunda parte está dedicada a la formación de los bloques entre 1945 y 1949 en la zona. Por último, se reflejan los enfrentamientos de los bloques entre 1950 y 1959. Una amplia bibliografía al final de cada capítulo, una cronología de las relaciones internacionales en Extremo Oriente (1945-1959) y una serie de textos anexos completan la obra.

La parte preliminar aborda las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en Extremo Oriente, diferenciando el Asia del noreste y el Asia del sureste. En la primera zona el rasgo más notable en 1945 es el antagonismo latente que opone a Washington y Moscú. Los dos grandes estaban decididos a aprovechar el hundimiento de los equilibrios de entreguerras para imponerse como potencia extremo-oriental. Por su parte, la desaparición de las potencias coloniales europeas y la presión de los diversos nacionalismos es lo que caracteriza al Asia del sureste. Exacerbados por la política japonesa, que los fomentó, estos nacionalismos constituían en 1945 el factor decisivo que iba a transformar radicalmente el equilibrio internacional en Asia del sureste.

La formación de los bloques (1945-1949) es analizada en la segunda parte del libro, marcando las diferencias entre Asia del noreste y Asia del sureste. En Asia del noreste la situación internacional estaba dominada, después de 1945, por la rivalidad soviético-americana y la expansión del comunismo. La ocupación de Japón va a ser aprovechada por Estados Unidos para remodelarlo según sus propios objetivos: consolidar su influencia en Extremo Oriente y poner dique a los progresos de la URSS y después, a partir de 1950, a los de China Popular. En 1950 el régimen comunista chino está firmemente establecido, aunque internacionalmente su posición es frágil. La aparición de la República Popular China creaba una situación radicalmente nueva en esta región del mundo, sobre todo porque la China con la que habría que contar no era ni la que la URSS había deseado al firmar el tratado de alianza chino-soviético, de 14 de agosto de 1945 (una China equilibrio entre Moscú y Washington y aceptando la influencia preponderante de la URSS), ni la que Estados Unidos había imaginado al proponer su mediación en 1945-1947 (una China democrática, aliada a Occidente y constituyendo el punto de anclaje de la estrategia americana en Estados Unidos).

Corea significa, al final de la Segunda Guerra Mundial, el deber de los dos grandes de encontrar un compromiso a sus ambiciones estratégicas y resolver el único caso de descolonización al que se enfrentaron conjuntamente en Extremo Oriente. La tarea, en el contexto de «guerra fría» que pronto iba a dominar en las relaciones internacionales, iba a probarse irrealizable.

RECENSIONES

En Asia del sureste el problema que está en el centro de las relaciones internacionales es la descolonización. Más allá de los procesos seguidos y de las opciones elegidas se impone un nuevo hecho: los países de Asia del sureste, después de haber sido largo tiempo objeto de rivalidad entre potencias, sin dejar de serlo, iban a convertirse en sujetos activos de la vida internacional. El equilibrio de la zona no iba a resultar solamente de las relaciones entre metrópolis coloniales, sino también de las políticas exteriores de los países descolonizados. Este es un nuevo aspecto de la cuestión de Extremo Oriente.

Los enfrentamientos de los bloques (1950-1959) son abordados en la última parte del libro. En Asia del noreste se manifiestan una serie de hechos que son consecuencia del desarrollo de la «guerra fría» en esta zona. En 1950 se firma el tratado de alianza chino-soviético, que empieza a deteriorarse a partir de 1954 debido a imperativos económicos diferentes, concepciones divergentes de la «coexistencia pacífica», intereses nacionales difícilmente conciliables y cuestiones bilaterales no resueltas (fronteras). En 1950 estalla el conflicto entre las dos Coreas, que pronto se internacionalizará. Estados Unidos, después de su fracaso en China, hace de Japón el nuevo pivote de su estrategia anticomunista en Extremo Oriente y en el Pacífico. A partir de 1956 se constata la ruptura entre Moscú y Pekín, lo cual era un nuevo dato que, superponiéndose a la «guerra fría», modificaba fundamentalmente el equilibrio extremo-oriental.

En Asia del sureste empiezan a interferirse los problemas de descolonización y de tensión Este-Oeste. Indochina era una de esas zonas donde la lucha por la independencia iba más claramente a duplicarse en un enfrentamiento Este-Oeste. Por su parte, China desea convertirse en potencia regional y romper el cerco en la que la encerraba Estados Unidos, y para ello utilizará dos vías: el apoyo a los partidos y movimientos comunistas locales, lo que tendrá éxito en Vietnam, y la tendencia neutralista de algunos Estados que le permitirá aproximarse en el plano diplomático. Esta estrategia le irá muy bien con la India.

Por último, aparece en esta zona el neutralismo, que quedará patentizado en la Conferencia de Bandung (1955). Estos nuevos países ven en el neutralismo el medio de no recaer en nuevas dependencias y escapar a las rivalidades Este-Oeste, que no les concernían directamente; la forma de conseguir la ayuda económica necesaria para su desarrollo al tiempo que intentaban consolidar su unidad nacional, aún bastante frágil.

Señalar, finalmente, que entre 1949 y 1959 se producen tres transformaciones en esta zona. La primera es la extraordinaria expansión del comunismo. Consecuencia de la anterior, la notable expansión política y militar de Estados Unidos. La tercera, la amplitud de la ola de descolonización. Si en 1945 sólo hay tres países independientes, en 1959 eran catorce, aunque subsistían algunos restos coloniales. Si la descolonización había diversificado el mapa político de la zona, la «guerra fría» lo había simplificado. A un bloque continental cimentado por el comunismo hacia frente un Asia oriental peninsular e insular enteramente organizadas por Estados Unidos. Toda la historia de las relaciones internacionales de Extremo Oriente entre 1949 y 1959 había estado centrada más o menos en el enfrentamiento entre estos dos conjuntos.

JULIA MORENO GARCIA

FÉLIX FERNÁNDEZ-SHAW: *Relaciones internacionales y medios audiovisuales*, Madrid, Editorial Tecnos, 1985, 189 pp.

El libro cuyo título encabeza estas líneas viene a centrar los problemas de la comunicación internacional dentro del amplio marco de las relaciones internacionales. En sus páginas se recogen y examinan los temas que constituyen la asignatura del

mismo título, RIMAV, de la Facultad de Ciencias de la Información. Es una síntesis de la rica experiencia de Fernández-Shaw, que fue profesor de la misma desde que fuera creada en el curso 1975-1976. Se trata de una brillante contribución al conocimiento de las relaciones internacionales desde una óptica un tanto nueva, «porque nuevos —dice el autor— son los problemas que año tras año viene presentando la técnica que soporta el paulatino desarrollo de los instrumentos de comunicación social».

Son textos avalados por la competencia profesional de Félix Fernández-Shaw. Doctor en Derecho (1957), en Ciencias de la Información (1980) y diplomático —actualmente embajador en Uruguay—, ha vivido intensamente los problemas que expone en su libro desde puestos de gran responsabilidad: director de Relaciones Internacionales de RTVE, miembro del Comité Consultivo Internacional de Radiocomunicaciones (CCIR), vicepresidente de la Comisión Jurídica de la Unión Europea de Radiodifusión (UER), presidente de la Comisión Jurídica de la Organización de la Televisión Iberoamericana (OTI), etc. La experiencia acumulada en muchos años de actuación en tan destacados cargos fue completada, en la vertiente docente, por el puesto de profesor de la asignatura «Problemática internacional de la radiotelevisión», de la Escuela Oficial de Radiodifusión y Televisión.

Esta obra, por lo tanto, es el resumen de una labor en la que lleva trabajando muchos años con notable éxito, como lo demuestran tres tomos anteriores que figuran entre las obras más importantes que han aparecido en España referentes a la organización del mundo internacional de las telecomunicaciones y la radiodifusión. Nos referimos a «La Organización de la Televisión Iberoamericana (OTI). Orígenes y situación actual» (Buenos Aires, 1975), «Organización internacional de las telecomunicaciones y de la radiodifusión» (1978) y «Difusión internacional de los programas audiovisuales» (1980). Su dedicación a la investigación ha quedado patente asimismo en decenas de estudios publicados en las más prestigiosas revistas de España y del extranjero, que enfocan aspectos diversos de las cuestiones internacionales relacionadas con el tema, en el que Fernández-Shaw ha volcado su dedicación¹.

En esta obra el autor, entre otros aciertos y virtudes, ha logrado el muy importante de saber condensar en pocas páginas temas muy arduos y complejos en una feliz síntesis de claridad y profundidad. De tal forma, la materia expuesta en el título queda plenamente recogida y el lector ha sido perfectamente informado.

En el capítulo primero señala que «para que España pueda desarrollar unas debidas relaciones internacionales, fruto de una política exterior que sirva a los intereses patrios, es obligado que buena parte de su flor universitaria se vea absorbida y embebida por los temas internacionales». Señala la creación de la asignatura «Relaciones internacionales» en el tercer curso de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense y la «Historia de las relaciones internacionales» en el quinto curso, todo ello al separarse la asignatura que hasta la orden ministerial de 31 de julio de 1974 se llamaba «Derecho y relaciones internacionales». «Es claro —agrega— que este feliz final no hubiera sido posible sin la labor académica y pedagógica llevada a cabo a través de varias publicaciones, que más adelante se citan, por los catedráticos Antonio Truyol y Serra y Manuel Medina, que inmediatamente comenzaron a crear escuela, de la que salieron Roberto Mesa y otros colaboradores», entre los que cita preferentemente a Celestino del Arenal, cuya obra consulta reiteradamente.

El capítulo II está dedicado al Estado: qué es el Estado y lo que significa la organización internacional en las postrimerías del siglo XX. «El mundo internacional

¹ Por ejemplo: *Revista de Política Internacional* (cinco estudios), *Revista de Instituciones Europeas*, *Revue de la UER*, *Documentación Jurídica*, *Anuario de Derecho Civil*, *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, etcétera.

RECENSIONES

-dice- no es fácil de considerar, por la complejidad de su composición, y es que la sociedad internacional, por emplear terminología de Truyol, o la vida internacional, por utilizar la de Merle, o el sistema internacional, en expresión de Medina, se refieren en definitiva a "un sistema social en el que se establecen relaciones de poder que trascienden de las fronteras nacionales".» Expone sucesivamente los elementos constitutivos del Estado, sus atributos, igualdad jurídica, recursos, regulación de las relaciones entre los Estados: Derecho Internacional Público y sus fuentes, principios internacionales que rigen las relaciones entre los Estados, instrumentos jurídicos internacionales y los órganos de relación entre los Estados. Todo ello en breve resumen apoyado en una selecta bibliografía. Es necesario insistir en el carácter fundamentalmente pedagógico con que está orientada esta obra.

En el capítulo III se establecen los caracteres básicos de la organización internacional. «La gran aportación que ha hecho el siglo XX a la convivencia internacional ha sido precisamente la de crear y dar vida a la existencia de instituciones internacionales.» Se plantea la configuración de la organización internacional apoyándose en la definición del profesor Medina y clasifica a tales organizaciones con arreglo a su ámbito de actuación.

El capítulo IV analiza las relaciones internacionales, recogiendo las ideas expuestas en libros importantes por Truyol, Medina, Mesa y Celestino del Arenal. «Gracias a estas y otras publicaciones de estos catedráticos y profesores españoles..., a los temas de las relaciones internacionales, hoy el paisaje español del tratamiento de las relaciones internacionales no es desértico.» Expone brevemente la terminología, el concepto y su entidad como disciplina académica y esboza las «Relaciones internacionales y comunicación social: primera aproximación al objeto de nuestro estudio».

Ese objeto aludido se concentra en los capítulos V, VI y VII, núcleo medular de la obra, en donde desarrolla los aspectos relativos a la comunicación internacional: *ius communicationis* y derecho a comunicarse, medios de desplazamiento y modos de comunicación, instrumentos de la comunicación social, análisis de la comunicación, su estructura y política. Teniendo siempre presente la finalidad didáctica con que está planteada la obra ha de ser de suma utilidad para quienes estudien periodismo, publicidad o imagen visual y auditiva en las Facultades correspondientes. El autor insiste en cuál es la significación de los conceptos esenciales y acompaña una nutrida serie de cuadros gráficos que ayudan a plasmar las ideas bosquejadas.

El capítulo VIII se dedica a «Los medios audiovisuales», examinándolos sucesivamente en la doctrina, en la enseñanza universitaria y en el ámbito profesional. El libro se cierra con el capítulo IX, «Ámbito de las relaciones internacionales de los medios audiovisuales». Piensa que «Las relaciones internacionales entre Estados soberanos están evolucionando en la medida en que los medios de comunicación son más veloces y cubren inmediatamente, a nivel mundial, cualquier acontecimiento o iniciativa política». En el contexto de la obra se ha tratado, con resultados positivos, de investigar la influencia de los medios audiovisuales en las relaciones internacionales y se ha efectuado el análisis de su estructura.

Todo ello señala la importancia de esta nueva obra de un especialista tan cualificado como el embajador Fernández-Shaw. Es un volumen altamente interesante que el estudioso de estos candentes problemas acogerá con la mayor simpatía y satisfacción.

JULIO COLA ALBERICH

RECENSIONES

FERNANDO AYAPE AMIGOT: *Israel, crónica de una ocupación*, Tiempo de Ediciones, Sociedad Anónima, Madrid, 1985, 96 pp.

El conflicto de Oriente Medio nunca pierde actualidad, bien sea por la violencia endémica desatada en el Líbano entre las facciones fanáticas, que se combaten con fiereza entre sí ante presencia militar israelí, o por el paulatino protagonismo de Yasser Arafat y su facción mayoritaria de la OLP. La organización que lidera Arafat es reconocida cada vez por mayor número de países y considerada por casi todos como la única institución que debe negociar con Israel en representación de su pueblo. Todo ello aun considerando los intentos de las monarquías islámicas por englobar en una federación a los beduinos jordanos y a los palestinos.

Ultimamente la actualidad del conflicto árabe-israelí ha martilleado con intensidad la actividad internacional. Primero ha sido la muerte de tres israelitas en una embarcación de recreo en Larnaka (Chipre); después fue el bombardeo, sorprendente por la distancia, de la sede central de la OLP en Hamameh (Túnez) por cazas «F-16», reabastecidos en vuelo; después, la muerte de siete turistas judíos en el Sinaí por la acción de un centinela egipcio enloquecido, que también hirió a su oficial; a continuación el asesinato de dos marineros hebreos en Barcelona; luego el secuestro del transatlántico italiano «Achille Lauro», en el que un comando palestino da muerte a un militar retirado norteamericano de origen judío, lo que por tratarse de un inválido en silla de ruedas estremece al mundo; por último, cazas «F-14» estadounidenses de la VI Flota secuestran el avión egipcio de los secuestradores, lo que da lugar a un incidente internacional, primero con Egipto y luego con Italia, que permite la marcha de Abul Abbas, intermediario con los secuestradores, para unos, y jefe de los mismos, para otros.

En este contexto resulta muy oportuno la lectura del libro de Fernando Ayape: *Israel, crónica de una ocupación*, en el que se analiza históricamente el comienzo de la vuelta de los judíos a Palestina, el proceso por el que fueron adquiriendo tierra, el apoyo británico que recibieron tras la Declaración Balfour y la injusticia cometida en la partición. Efectivamente, Fernando Ayape demuestra cómo la adjudicación de tierra se hizo sin respetar los derechos de los residentes mayoritarios y se perjudica gravísimamente a los palestinos, 91.398 de los cuales eran cristianos en el censo de 1931, en el que había 759.712 musulmanes, 10.101 drusos y tan sólo 174.006 judíos, 16 por 100 de la población, y eso que se habían duplicado, desde 1920. En 1947 el Comité Especial de las Naciones Unidas para Palestina estimaba que la población total era de 1.936.000 habitantes, de los cuales 1.293.000 eran árabes y 608.000 judíos. Es decir, a pesar de la inmigración judía ilegal y de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, que precipitó a las comunidades hebreas centroeuropeas sobre Palestina, los musulmanes constituían las dos terceras partes de la población. Por ello, la partición de Palestina, como bien explica y demuestra Fernando Ayape, significó una gran injusticia, máxime al aumentar los judíos el territorio ocupado, que cuando se produjo el armisticio que da fin al conflicto 1948-1949 tiene 20.850 kilómetros cuadrados más, conquistados militarmente.

Antes del armisticio la situación era doblemente injusta. A los judíos (un tercio de la población) se les adjudicaba el 56,47 por 100 del territorio, a los árabes solamente el 42,88, cuando eran las dos terceras partes de la población. En cuanto a la distribución de las tierras de calidad era aún más sangrante. Israel, según demuestra Fernando Ayape, disponía de más del 95 por 100 de la tierra de calidad, del 64 por 100 de la clasificada como intermedia y menos del 39 por 100 de la considerada pobre, con la

RECENSIONES

única excepción del desierto del Neguev. Y si bien es meritoria la labor de irrigación del desierto del Neguev por parte de los judíos, la frialdad de los datos que nos proporciona el libro que comentamos es impresionante y nos hace comprender la tremenda injusticia cometida con el pueblo palestino. Aunque en la brillante metáfora de Isaac Deutscher en *Judío no sionista*, al que no alude para nada el autor, se define muy bien la ceguera del pueblo judío, que al saltar del edificio en llamas de Europa debe su salvación al cuerpo del palestino sobre el que ha caído y le ha roto un brazo. Cada vez que se vuelven a encontrar acaban golpeándose e hiriéndose, y el hebreo, en la alegría de su salvación, parece ignorar los daños que ha causado a un inocente, pero con el que progresivamente va creando un rencor insalvable.

Nos parece esta aportación de Fernando Ayape un logro muy meritorio, oportuno y útil, por los datos que proporciona. Ya anteriormente ha escrito *La crisis económica mundial y el petróleo* y *Victimas de ayer, verdugos de hoy*, tan relacionadas con los hechos que comentamos. Como especialista en historia, sociología y literatura del Islam, su trabajo podía haber sido más rico, pues resulta demasiado breve para el sugestivo tema que trata. Máxime considerando que al gozar de datos necesarios para un amplio enfoque, por constituir pruebas documentales, se debía cuestionar lo que la propaganda y el dominio de los medios de comunicación por los «lobbys» judíos pretenden desvirtuar.

Junto al defecto ya aludido de la brevedad se echa en falta la exposición de los argumentos judíos, que sería muy conveniente comentar adecuadamente. Falta también la exposición del papel decisivo de la URSS en la formación de un enclave socialista israelita entre las monarquías feudales de Jordania y el entonces Egipto del rey Faruk, tan afines a la Gran Bretaña, inspiradora de la Liga Árabe. Stalin cambió de opinión al ver que el Estado que la ONU creó se convirtió en bastión occidental, más aún después de la conspiración de médicos judíos contra su persona. Pero ya era tarde y su política pro árabe posterior no pudo cambiar la cuña infiltrada en el mundo árabe.

Por su carácter divulgativo y su precio asequible auguramos éxito a este trabajo. Sólo nos queda añadir que la bibliografía seleccionada es bastante completa, aunque faltan obras recientes ya comentadas en estas mismas páginas por el profesor Victor Morales Lezcano.

JUAN MANUEL RIESGO PEREZ-DUEÑO

XAVIER TUSELL Y GENEVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO: *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*, Barcelona, Editorial Planeta, 1985, 300 pp. (Col. Espejo de España, 109.)

Xavier Tusell es un consagrado historiador de la historia contemporánea española, especialmente desde el último siglo, como atestigua una obra numerosa y creciente por momentos. En los últimos tiempos, la España franquista ha sido objeto de principal atención. Paralelamente ha pasado a cubrir el frente exterior siendo el resultado esta magnífica historia diplomática. Las relaciones hispano-italianas durante la dictadura de Primo de Rivera (y primeros años de Mussolini por tanto) lo había ya tratado en un amplio artículo, al igual que el aspecto meramente internacional del libro aquí reseñado había aparecido en una revista hace un año. Con todo, la obra responde más al subtítulo, sin para ello descalificar el título. Está escrita a la para la historiadora Geneveva García Queipo de Llano.

En tanto que la recogida de fuentes fue realizada en equipo, los tres primeros capítulos (hasta la crisis gubernamental española de mayo de 1941) corre a cargo de ella

RECENSIONES

y los restantes cuatro, de Tusell. De hecho no se observa corte alguno, bache o redundancia dignas de mención, y mucho menos contradicciones, fenómenos que sin embargo suelen afectar a no pocos libros aparentemente de monoplumas.

Como bien se destaca, la cuestión de fuentes ha sido determinante, con una gran inversión de tiempo en los archivos de Roma y Londres, más una abundante documentación inédita tanto procedente del ministerio de Asuntos Exteriores español como de los papeles privados de Gómez Jordana (diario no publicado), general Varela, etc., así como altos cargos diplomáticos italianos afectados a la política española, entre otras fuentes. En su reciente *Franco y los católicos*, Tusell demostró de lo que son capaces algunas de estas fuentes. En cambio, en la obra actual parece bastante claro que lo básico y menos básico del tema queda claramente exhausto. Es de suponer que la cobertura hecha por la historiadora debía sentir cierta curiosidad por las andanzas del general Queipo de Llano que Franco desterró con un cargo insustancial a Roma, haciéndolo vigilar por la policía. Poco seguimos sabiendo del que fuera virrey de Andalucía.

Una nota final sobre fuentes explica el proceso. Las notas han sido agrupadas y abreviadas a pie de página y por punto de tema tocado. Sería un milagro que esta colección condescendiera a tal sibaritismo. La explicación debe ser que los autores son los editores reales del texto. Pero cuando hace años Tusell publicó por el mismo procedimiento *La oposición democrática al franquismo* las notas brillaban por su ausencia, como es de rigor en «Espejo de España». En la ocasión actual, la carencia de notas habría arruinado el libro.

Los aspectos internos de la política española son dominantes, aunque son igualmente vistos desde fuentes italianas. Los altibajos del régimen en sus primeros años se ven con toda su virulencia, y se observa la creciente pero paulatina reafirmación de Franco como árbitro y peso decisor que coadyuva a codificar su propio comportamiento político en el largo futuro, tanto a la hora de tomar decisiones como, sobre todo, de no tomarlas. Es por ello que un régimen dictatorial da con tanta frecuencia algo más que sensación de ser una olla de grillos. Y esos grillos, convenientemente conducidos, fue la historia interna del sistema acaudillado por Franco.

Falange y militares, Franco y régimen, Serrano Suñer y todos los demás es lo que desfila de continuo, ratificándose en no poco de lo sabido y siempre intuido. Por cierto, después de lo que aquí se refleja documentalmente, Serrano Suñer, sin llegar a ser el villano redomado de la tragicomedia que tantos lo adjudican (o adjudicaban), tendrá que pensar en reescribir sus memorias o ampliarlas, por tantos silencios que desvirtúan algunas de sus confesiones. El gran cuñado parece demostrarse definitivamente más el gran frustrado en la política interna que un peligro real en política exterior. Y lo comprobamos de nuevo porque sus relaciones con los italianos fueron mucho más íntimas y sinceras, aun después de ser echado del poder, que jamás lo fueran con los alemanes. En cambio, el diario de su sucesor, el conde de Jordana, no parece que nos vaya a aportar nada revelador y mucho menos revulsivo, al menos por el muestreo que nos ofrece Tusell. Con Queipo de Llano, en cambio, nos habríamos divertido cuando menos, pero si algo existió escrito parece tragado definitivamente por la tierra.

La trama interna española es tan decisiva que incluso el libro establece las pausas por su desarrollo en la mayoría de los capítulos. Estos se ordenan en riguroso devenir cronológico, la manera más práctica de no extraviarse y a su modo de aproximarse la llamada historia total, quiero decir, la interpretación de los diversos aspectos que se abordan. Pero como el propio Tusell hace constar, el entramado es tan tupido en la vertiente exterior que con frecuencia hay que explicarse las relaciones hispano-italianas a través de la política alemana, y aun inglesa o americana, sin que esos excursos extravíen al hilo conductor, al contrario, lo reafirman.

Son múltiples las cosas y detalles que llaman la atención. El Franco calmoso hasta la abulia de vez en cuando nos obsequia con alguna sorpresa de tal índole que lejos de llamarlo el «Prudente» más habría que calificarlo de imprudente y sobre todo despistado. Esto se constata en declaraciones inoportunas como bien saben aprovechar los angloamericanos. Es de suponer que fruto de tan insólitos patinazos en el futuro todavía se comprometería menos con el verbo y no digamos con la acción.

El grado de las necesidades alimenticias fue brutal desde antes de comenzar la guerra mundial y el de impreparación bélica rápidamente confirmado por la manera que los alemanes hicieron la guerra. Ello, no obstante, no arredró a Mussolini, que creyó la contienda prácticamente liquidada cuando se decidió a intervenir. Con todas sus incoherencias no siempre fruto de la necesidad, el caso es que España mantuvo su neutralidad (y si no lo hizo, nadie le declaró la guerra). Precisamente de Roma y Berlin llegaban mensajes indicando que la entrada en guerra suprimiría las contradicciones y tensiones del régimen español. García y Queipo de Llano cree que ello coadyuvó a la no intervención española (p. 135), pero de haber entrado en guerra con seguridad hoy se diría que entre otros impulsos actuó la necesidad de rehacer la unidad del sistema franquista.

Mussolini, que se pasó la vida hablando de guerra, ha sido un símbolo de su incapacidad para comprenderla en todo su rigor. A pesar de las sistemáticas derrotas, no creyó la guerra perdida hasta que lo echaron del poder. En vez de ayudar a Hitler a presionar sobre Franco, más bien hacía lo contrario porque veía en España un competidor en el botín del Africa del norte francesa. Franco le siguió la pauta y lo llenó de zalamerías. Incluso en Bordighera le dijo tranquilamente que creía más en la victoria italiana que Italia misma. Y el Duce, padre padrone, no quería otra caricia a sus oídos. Cuando lo que para el Duce era una especie de protectorado, al menos moral, se desenganchó claramente de la guerra, no por ello le retiró ni su confianza ni sus parabienes. Nunca se consideró estafado, como consta para los alemanes. En sus últimos tiempos Mussolini creyó en la posibilidad de poderse acoger al refugio español.

La destitución y prisión del Duce pilló sin embajador español en Roma. Semanas después, Italia se rendía, Mussolini era liberado por los alemanes, la guerra se instalaba en la bota italiana y se establecía la República Social de Saló. A partir de aquí entramos en lo que era más desconocido de las relaciones hispano-bi/italianas. Porque se compuso todo para entenderse con ambas Italias, que en realidad equivalía a decir no confrontarse contra anglosajones ni contra alemanes, que durante un año persistirán al norte de los Pirineos. Nuevamente cobra vigor el frente interior español, con las publicaciones de Falange desmandadas, para horror de Jordana, y saliendo a la luz el libro del falangista de pro Ismael Herraiz, que leyó personalmente Mussolini. La historia de las dos misiones diplomáticas *sui generis* en ambos países, la suelta de los navíos italianos acogidos pero no internados en Baleares después de más de un año de presiones, etc., surge con toda nitidez. La muerte súbita del conde-ministro y su sustitución por Lequerica, hábilmente dictaminado por Tusell, nos corrobora que Franco, para bien o para mal, era capaz de superarse a sí mismo en la jungla a su vez potenciada por él. Foxá también aparece haciendo de las suyas por Roma, apelando ésta para su expulsión. Un capítulo de conclusiones condensa la gran narración.

El resultado final del *Franco y Mussolini* nos sugiere que éste fue un lírico de la cuna a la tumba; aquél un prosaico insobornable. La guerra española y la mundial terminaron por convencerle que pasito a pasito y buena letra se llega hasta el final sin despegarse del timón de mando. Nunca vio demasiado lejos, pero vio mejor que Mussolini, quien creaba la acción o se apuntaba a ella. A Franco le bastaba con un paseo bajo palio de vez en cuando y poco más, deporte apacible aparte. Franco se

RECENSIONES

contentaba hablando de Imperio; Mussolini perdió el suyo buscando ampliarlo. Mussolini terminó colgado de un gancho en la plaza pública; Franco, en la cama y en silencio. Esto es precisamente lo que no pocos consideran lo más intolerable de su reinado.

El libro reseñado es una mina de información, buen sentido y saber hacer, y viene a ser para las relaciones España-Italia durante la segunda guerra mundial lo que el libro de Coverdale ha supuesto para los mismos países durante la guerra civil española.

TOMÁS MESTRE VIVES

Libros sobre Europa del Este

JOSÉ COMAS: *Polonia y Solidaridad*, Madrid, Ediciones «El País», 1985, 311 pp.

FÉLIX BAYÓN: *La vieja Rusia de Gorbachov*, Madrid, Ediciones «El País», 1985, 239 pp.

En España son contadísimos los casos de corresponsales de prensa acreditados en el exterior que terminan obsequiándonos con un libro que fije sus conocimientos y experiencias. Todo lo más tenemos alguna serie de artículos publicados en su habitual diario en el ejercicio de su función. Sus resultados han sido ser desiguales (basta con comparar entre sí a I. Herraiz, A. Assia, C. Sentís, A. Zúñiga...).

Hete aquí, de pronto, que dos corresponsales de «El País» sueltan un par de libros editados por el imperio del propio diario. Tanto José Comas como Félix Bayón han estado acreditados en los países que tratan. El tema polaco, aparte de ser más bien inédito en la bibliografía española, es tratado con una amplitud y profundidad admirables, mientras que el tema ruso es un encantador fresco sociológico, con connotaciones políticas y económicas, pero sin meterse en los análisis de los habituales kremlinólogos. A diferencia del tema polaco, abundan los temas referidos a Rusia, pero casi siempre son fruto de traducciones. El texto de Bayón tiene la virtud de contar un amplio abanico de experiencias con la sociedad rusa, y más moscovita, de un modo claro y cristalino y una agilidad envidiable, sin recovecos ni perversas o bobaliconas intenciones.

El libro sobre Polonia viene prologado por un español que formara parte del aparato del partido -Manuel Azcárate-. Hace constar que gracias a su «hegemonía militar» (¿Por qué no dice simple y llanamente presencia militar, que es más directo y comprensible?), «La URSS exporta su modelo de sociedad, impropriamente calificado de socialismo». Agrega algo que pocos tienen en cuenta, sobre todo cuando son excelsos «teóricos»: «Para reflexionar con acierto, lo primero es conocer los hechos.» Si esta prueba se formalizara, pocos sobrevivirían en la palestra de la dialéctica.

Tras el pertinente prólogo, el autor se dispone a presentar y diseccionar el proceso polaco que condiciona tan directamente la insólita historia del sindicato Solidaridad, hasta conducirnos al autogol de Estado de Jaruzelski y al asesinato del sacerdote Popieluszko. Para ello se ha surtido de un adecuado conocimiento de la rocambolesca historia de Polonia, donde catolicismo equivale a nacionalidad. Las relaciones Iglesia-Estado, y no digamos con el ascenso al Papado de Karol Wojtyla, es esencial a efectos de comprensión del entramado actual, llegando a entender que con la llegada del

famoso sindicato la Iglesia «perdía el monopolio de la oposición y las posibilidades del control de las masas».

Desde mediados de 1981, el Gobierno polaco estaba endemoniadamente endeudado con occidente, y perdía prácticamente el control de la economía del país. Las marchas de hambre se sucedían por Varsovia, mientras en las paredes alguna pintada rezaba: «¿Es el socialismo la doctrina del hambre?» (p. 117). Los capítulos son bien expresivos: «Un partido a remolque de la sociedad», «Del vacío de poder a la revolución imposible», «Enfrentados al poder en callejón sin salida»...

Curiosamente, el capítulo último, que debería haber sido el más fácil por lo manoseado que está el tema, resulta el único decepcionante. Se trata, cómo no, del tinglado de Yalta. Allí no se habló de zonas de ocupación, sino de zonas de influencia. Representativo de éstas sería Finlandia, no los países del Pacto de Varsovia. Pero creer que la estructura territorial y política es imputable al dictamen de la ciudad crimeana es dar por supuesto los acontecimientos militares que siguieron durante otro trimestre, y éstos estaban más en manos de Hitler que de los aliados a la hora de dosificar sus fuerzas en los frentes que iban convergiendo. En todo caso, en todas las sesiones de Yalta se habló de Polonia, excepto una, y lo que políticamente sucedió no fue lo que se acordó.

El título del otro libro obedece a que se quiere poner de manifiesto toda la Rusia imperial que hereda el actual detentador del poder, tanto por el *modus operandi* del régimen como por las actitudes de la misma población. Valores, tradiciones y prácticas habituales no sólo se arrinconan por un mero hecho revolucionario, sino que pueden potenciarse incluso, convenga o no.

Bayón cubre todos los frentes posibles que pueden llamar la atención a un extranjero que residía en Rusia por un tiempo. La temática va salpicada de oportunos ejemplos, que potencia con cifras cuando se cree oportuno, y de jugosos chistes surgidos de los propios soviéticos. Colas, privilegios y nomenclaturas, despilfarro de materias primas y economía de trueque, infancia y viejos, cortocircuitos familiares y vivienda, salario real y economía golfa, rusificación querida y resultados obtenidos, etc., van desfilando con soltura y gracejo. La vieja troika —alcoholismo, parasitismo, absentismo— lejos de desaparecer, se potencia. Los testimonios y cantidades no pocas veces las aporta la propia prensa soviética.

Todo lo occidental, en cuanto se asocia a sociedad de consumo, se admira e idolatra hasta la mitificación. La obsesión por deshacerse del dinero por aquello de la siempre amenazante escasez está a la orden del día. Ciertamente, podrá acusarse al libro de ser el típico panfleto antisoviético si no anticomunista. El mejor remedio es darse un garbeo por la geografía afectada y constatar lo que se dice en el texto.

De todos modos, la propaganda soviética respecto a los países occidentales no se queda manca, cuando no amputa. Así, por ejemplo, se dice que «más de un diplomático español me comunicó su indignación personal por el hecho de que la televisión de la URSS iniciara el espacio que dedica a las clases de castellano con una filmación de un hombre tocado con una boina y empujando un arado romano».

Algunas afirmaciones son especialmente llamativas, así, las víctimas del stalinismo, familiares o amigos, siguen estando un tanto mal vistos, por aquello de «algo haría», a diferencia de lo que ocurre en los países del este europeo que sufrieron análogo azote.

Félix Bayón, tal vez inadvertidamente y como buen periodista, ha hecho párrafos demasiado cortos que interrumpen demasiado el discurso o la mera exposición de un ejemplo breve, tanto más cuanto las páginas son pequeñas y la tipografía excelente. Desde luego, quienes le seguíamos sus crónicas desde Moscú desconocíamos, si a ellas nos remitimos, tantas facetas de la vida cotidiana soviética. Su sucesora es mucho más

RECENSIONES

dicharachera en todos los frentes que delimita. Su listón está bastante más alto. También Bayón sintetiza a su veterano compañero en Moscú de la RTVE, Francisco Eguiagaray, del que confiesa «no estar de acuerdo en casi nada». Naturalmente. Pero también su no mojarse explique el secreto de su larga supervivencia.

Esperemos que el ejemplo de los corresponsales de «El País» y su editorial contagie a los demás corresponsales españoles que tengan algo que decir y a sus periódicos para avalarlos en la subsiguiente publicación.

TOMÁS MESTRE VIVES

